

Bajo la sombra del árbol en llamas,
ANA MARTÍNEZ CASTILLO
Sevilla, La Isla de Siltolá, col. Tierra, 2016, 56 pp.

reseña de Juan Carlos Abril

Bajo la sombra del árbol en llamas es un libro brillante que no debería pasar desapercibido para los lectores de poesía española ni para la crítica. Ana Martínez Castillo (Albacete, 1978) ha entregado a la imprenta un volumen digno de elogio. Poemarios como este –que habitualmente no se publican muchos, ni demasiados– ensanchan el panorama de la lírica española contemporánea, trasladándola hacia lugares fértiles donde la poesía no solo goza de buena salud, en función de su calidad, sino que nos hacen sentir, encontrando márgenes expresivos que no habían sido explorados antes, lejos de clichés, escuelas y estilos reduccionistas o simplistas. Sin duda que este libro de poemas destaca entre las propuestas actuales, y su autora debe ser tenida en cuenta como una de las creadoras más interesantes.

Dividido en dos secciones de 17 poemas cada una, *Bajo la sombra del árbol en llamas* es una invitación de corte simbólico y pinceladas fragmentarias. La primera parte, «El espejismo de la llama», está escrita en verso, mientras que la segunda, «El placer de las cenizas», es en prosa. En deliciosa y rítmica prosa, habría que matizar. Pero ambas partes presentan similitudes estructurales de fondo, por lo que la forma no es más que un utensilio de disposición en la página. Quizás las repeticiones de la segunda parte, en ese sentido, sean más frecuentes, propias del poema en prosa, pero no hay apenas diferencias.

La advocación de varias poetisas suicidas o con truculentas muertes, Delmira Agustini,

Alfonsina Storni y Alejandra Pizarnik (de esta última hay dos citas; de las otras, una de cada una), marca el tono a veces tenebroso y delicado de esta poesía, abriendo la segunda sección con el poema «Balada de las damas de antaño» (p. 35), homenaje y confirmación poética, saludo al lector. La influencia de estas poetisas, su mirada radical, y lo que significan en la tradición de la lengua española, más allá de sus países e Hispanoamérica, nos indican la adscripción inconformista, ideológicamente feminista, de Ana Martínez Castillo, su naturaleza rebelde. Otras referencias explícitas son Blanca Andreu (p. 33), Leopoldo María Panero («Luz», p. 50), o el conde de Lautréamont y *Les Chants de Maldoror* («Lo dijo Maldoror», p. 20), con lo que se acentúa la vocación visionaria. De hecho, *Bajo la sombra del árbol en llamas* nos habla de la reverberación de ese árbol que arde, y de nuestra mirada. Es un título con intenciones, ya que en la imagen se revela movimiento y muestra más de lo que dice. Eso es la poesía, sin ningún atisbo de dudas, cuando el signo lingüístico trasciende sus significados literales, rebasándolos, en pos de alcance literario. Con los versos de Pizarnik «y alguien entra en la muerte / con los ojos abiertos / como Alicia en el país de lo ya visto» (p. 11) se nos introduce en la pulsión erotanática que sellará el conjunto de composiciones, espoleándolo de principio a fin («Moriré y nadie lo sabrá nunca», p. 51, en el penúltimo poema) ya que de la lucidez de la certeza de la muerte surgirá esta poesía que ahonda en el misterio de vivir, como en

«Sortilegio» (p. 19), que comienza así: «Es la naturaleza una pregunta / que se formula al aire, / un sortilegio, / ligera canción de cuna.» (*ibidem*). Poesía del desengaño y sutilmente estética, el juego de la superstición, la fortuna y el ludismo se hallan en «Arcano número XIII» (p. 17). O el excelente «Eres metáfora» (p. 26), que por su brevedad reproducimos: «Eres metáfora, / eres / espina dorsal, / tibia intacta, / columna / que sostiene un cuerpo / que no es hombre. / Lo sabes / porque lo estás mirando todo / desde lo alto / del cráneo celeste.» (*ibidem*). En última instancia se trata de evitar la muerte con la poesía, evitar el tormento –la presencia perturbadora de insectos, gritos y agujas– que supone la conciencia de nuestra fugacidad de crisálida en el paso por la tierra, e intentar apresar la belleza. También son constantes de esta poesía. La imagen de «Ofelia» (p. 23) flotando en el agua, con la muerte alrededor de su boca, aparece de nuevo en «La muerte que nos traes» (p. 24): «la muerte que nos traes / es solo un tercio de tu aliento.» (*ibidem*). La poesía nos devuelve el misterio de la realidad con su lenguaje, y por eso nos fascina, como en «Vigilia»: «Yo guardaré tu sueño, / para que no lo gaste / el aire de la noche. / Porque la noche tiene / la boca oscura, / sin nanas ni encías.» (*ibidem*).

La obsesión de la mirada, la tentación del silencio (último intervalo de la muerte), el fetichismo, el goticismo y la herida romántica, el poliedro de la identidad, los claroscuros, la evasión simbólica hacia el bosque y la aventura de estar vivo, las atmósferas enrarecidas, la inquietud, la hipersensibilidad, la melancolía enfermiza, ensimismada o la nostalgia del pasado, entre otras características y calas que podríamos señalar, se hallan presentes en *Bajo la sombra del árbol en llamas*. La nostalgia del pasado, por ejemplo, en «Era» (p. 48): «Era el olor de las espigas cuando el sol las seca, el campo y la cal de las paredes, amarillentos racimos de agosto, era la sombra que se mueve tras la puerta, la sombra que trae olor a humo, era el arcón, las enaguas, era el regazo, el pecho generoso, era las manos hechas de nudos, era la mueca sencilla, el escondite, era la cama y la paloma y el calor y los dientes,

era el escalón y era la lluvia, era el abrazo tibio y la música que se canta bajo los árboles.» (*ibidem*). De una forma u otra en todo el poemario se repiten ciertos temas, como ya hemos citado, de manera trenzada, mostrando al lector la incidencia en algunas vetas semánticas que se van ampliando, como sondeos, o complementándose con otras. El libro va adensándose, condensándose, adquiriendo espesor a medida que se va leyendo un poema tras otro, pues se encuentran íntimamente imbricados. Por ejemplo, el poema siguiente, «Desván» (p. 49): «Es un hueco de arañas, un vacío, un silencio mustio que tiñe las paredes, apenas voces yermas de cal seca y cenizas. Arañando el fondo de los baúles, nada sabe. Desconoce el hastío con que amarillea y desaparece, envuelto en humedad añeja, recorriendo pasillos en ruinas, palpando las piedras. Es el frío que lapida los armarios, el hielo que ocupa el espacio entre los huesos. Antaño, solo un rumor de pies descalzos.» (*ibidem*). Poesía impresionista de corte pictórico y sonoro, como vemos, que no desdeña ningún recurso para sugerir y evocar.

Todo ello y mucho más que no podemos abarcar en una reseña, nos lleva a entender la otredad –confrontándola de manera dialógica, pero también como indagación en un yo poliédrico y espinoso, en los paisajes interiores del sujeto, véase «Paisaje» (p. 25)– de una manera distinta en esta poesía del límite y de la insoportable gravedad del ser, como en «La otra» (p. 15): «A veces guardo / vidas secretas, / más formas de ser otra.» (*ibidem*). El excelente «Tiene algo de clavicordio la aurora» (p. 47) se adentra en la otredad inalcanzable: «Te estoy buscando. Hay algo que cruje en tu mano blanca. Me tocas, y tu tacto es un tacto de agua. Me tocas, y tu aliento es aliento de vidrio.» (*ibidem*).

Vamos a dejar al lector que descubra este poemario por sí mismo, porque tiene mucho más de lo que aquí hemos esbozado, pero basten estas palabras para recomendar vivamente la propuesta de una poeta que ha publicado un libro de poemas de madurez, pero que a buen seguro nos regalará futuras entregas de extraordinaria belleza. Que sea enhorabuena.